



dinorah bolandi un caso extraordinario.

carmen naranjo

Si fuera por la misma Dinorah, nadie sabría de ella, ni de su pintura. Callada, inteligente, sensible, prefiere el silencio a la bulla, prefiere el nombre al renombre, prefiere trabajar en paz, por el placer de hacerlo, sin exhibir, ni buscar reconocimientos, ni crearse problema alguno que no sea el de su verdadera vocación a la más absoluta sencillez.

Todas estas decisiones de Dinorah, tomadas desde muy temprano, corresponden a una vida sabia y humana.

Hija de don Walter Bolandi, músico y cineasta, y de doña Marina Jiménez, pianista destacada, encontró un hogar que estimuló su sensibilidad. Ya en la escuela las maestras se asombraron por su habilidad en el dibujo, y tuvo oportunidad de recibir clases especiales con Fausto Pacheco.

Deseosa de saber más, sus padres la enviaron a Estados Unidos.

Ahí hizo sus estudios secundarios, pero no pudo pintar. El paisaje plano de Oklahoma la desesperaba.

Le hacían falta sus montañas, nuestras montañas. Decide no regresar todavía y viaja a Nueva York, con el deseo de ver la pintura grande. La gran ciudad la absorbe, aprende en las calles, en los museos, en las galerías, en la Liga de Arte y en los estudios libres en que dibujaba y creaba. Para sostenerse, trabaja en lo que puede.

Considera que lo que verdaderamente enseña es vivir en un lugar como Nueva York, donde hay oportunidad de ver arte y la actividad artística va formando y madurando tanto en el oficio como en el sentido crítico. Ella misma dice: "Las técnicas y la forma de hacer las cosas, se aprenden."

den en libros. El sentido crítico sólo se aprende viviendo mucho y observando más”.

Después de 11 años regresa a Costa Rica, trabaja en fotografía y artes gráficas. Pasa en este último campo dos años trabajando en Chile y regresa de nuevo, para dedicarse a enseñar y pintar.

En silencio pinta y su obra va creciendo fiel a su exigencia crítica. Para ella pintar “es siempre otro encuentro conmigo misma”. Es ella frente al desafío de la creación, que aparece al enfrentarse con una tela blanca: “cuando pinto, con un color muy tenue, recorro la tela acostumbrándome a sus límites, sintiéndola, liberándome del miedo, buscando el punto de partida”.

Esta confesión de miedo ante el comienzo, nos revela el hecho de que por más dominio que tenga un artista de las técnicas y de la composición, siempre un nuevo espacio representa la incertidumbre del encuentro con el acierto. “Trabajo la totalidad por etapas hasta alcanzar la nitidez”. “Como en la niebla cuando algo se aproxima”, qué expresión más bella para enseñarnos sobre ese extraño momento en que de repente se definen las cosas, ese momento en que la luz se da, se sale del intento y el cuadro se perfila.

Y sobre ese sentido estricto de crítica que se le señala a Dinorah, ella nos dice: “Soy exigente, pero no más que cualquier persona que trata de expresarse por medio del arte. Al mayor esfuerzo y rigor se le escapan imperfecciones. Años después con asombro las descubrimos. Sólo tengo el sentido crítico que todo artista necesita para guiar su producción. Mi mejor crítico es la obra lograda, por eso prefiero conservarla”.

Cuando se le reclama que pinta poco, ella confiesa: “Por tiempos me he dedicado a otras actividades, también viviendo entre imágenes y colores, sin dejar ese mundo maravilloso que por medio del arte, un día descubrí para siempre”.

Le pregunto sobre la diferencia entre sus paisajes y retratos, y Dinorah contesta: “Hay diferencias entre mis paisajes y retratos. En el paisaje, un árbol puede ser un triangulito verde que parezca un árbol. Pero todavía no he podido hacer un óvalo azul o negro que se convierta en una mirada profunda e inquietante que acentúe la personalidad del modelo”.

Es indiscutible que en el arte de Dinorah se ha conjugado la disciplina, el razonamiento estricto, depurado y serio, con la emoción que ella trasmite al crear una obra de arte. Logra un balance perfecto entre oficio y creación, entre forma y contenido, entre rigor y sentimiento. Su obra gira y es una composición total, que no admite el relleno ni la improvisación. El detalle es importante porque también participa y forma parte del todo. Por eso Dinorah trabaja cada espacio con la misma intensidad e interés, cada pincelada está meditada.

Por medio de la observación y su mirada penetrante, atrapa esa gama sutil de matices que le es característica, la luz y el color de nuestras montañas. En su luz no hay estridencia. Existe la medida justa de la belleza: el color va

cambiando de matices y logra la atmósfera necesaria. Un juego de tonos instrumentaliza una armonía casi musical.

Dinorah da una pintura íntima, que se regocija en el detalle y no obstante que usa formas planas y elude la marca de la pincelada, al final obtiene la limpidez y la claridad. Su pintura es un arte sin rebuscamiento, por lo que nos recuerda que es siempre dentro de la simplicidad que se dicen grandes cosas.

En sus cuadros, Dinorah abre el ritmo y lo cierra con igual gracia, tal como si fuera una vivencia muy íntima que se abre a todos para que todos encontremos nuestras propias vivencias.

Síntesis y ritmo son las palabras claves para contemplar y admirar su obra. Además: honestidad. Todos sabemos que Dinorah dirá honestamente lo que piensa ante su pintura y la de otros. Y su pensamiento enriquece porque está lleno de poder de análisis. Detrás de sus cuadros se siente la música y la danza. Sus montañas bailan belleza. Sus árboles se mueven con ritmo. Sus nubes caminan en el cielo. Su cesta se desplaza armoniosamente. Sus calas danzan en juego de colores claros y los lirios se abren como si el viento los alcanzara. Todo tiene una fuerza de imán que hace inolvidables sus cuadros.

Pero conviene destacar sus sencillos cementerios, tranquilos, naturales, parte de la vida misma, sin que nos atemorizen en forma alguna, sino que nos invitan a participar de su paz, esos cementerios que son un canto a los misterios que entraña vivir.

Y a la pregunta de qué busca Dinorah en sus paisajes responde: “Mis paisajes son una síntesis de elementos que encuentro en la naturaleza y trato de ordenar armoniosamente. La montaña es difícil de captar. Por su magia. No hay dos días en la vida de una montaña que se parezcan. Cuando pienso que la he logrado, desaparece, al final queda su espíritu, el gesto del momento. Hablo de la montaña porque me atrae, me rodea. Pero todo en la vida es mágico, inestable, en constante transformación. Y así es una persona, igual que la montaña.”

Dinorah Bolandi también agrega: “Busco al pintar resolver problemas de composición afines a mi sensibilidad, a mi necesidad de equilibrio. Porque lo otro, lo inesperado, lo irracional, eso escapa a la intención, lo esencial, lo que no habla de nosotros mismos, al final aparece inevitablemente”. Esto que afirma es fundamentalmente cierto en todo tipo de obra, porque hay algo que surge imprevisible, quizás como mensaje secreto y latente, que se va descubriendo y redescubriendo como si al fin intención-comprensión se fusionaran.

Realmente el caso de Dinorah Bolandi es extraordinario, por su enorme capacidad creativa, por su profundo acierto en el arte y en la crítica, y por tenerla sin cuidadoso algo que altere su vocación a la vida sencilla, sin preocuparse jamás por el elogio momentáneo o el reconocimiento circunstancial.

Tanto es así que estoy segura de que me regañará de manera muy cordial y amistosa por este artículo.